

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica
Torreón, México. 31-X-2003

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del **Mensajero**:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López S.J. Rector
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **62**

ÍNDICE

	página
Novedades editoriales en la Comarca Lagunera	2
<i>El Mensajero</i> o el boletín electrónico como estrategia de difusión archivística	3
El Mostrador. La poesía del trabajo en los <i>Oficios</i> de Édgar Valencia	7
Libros del Archivo Histórico	10

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania * Argentina * Brasil
Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "*Mensajero*": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

NOVEDADES EDITORIALES DE LA COMARCA LAGUNERA



Castañón Cuadros, Carlos. *El Canal de la Perla. La Laguna en el ámbito regional: agua, irrigación y economía en los siglos XIX y XX*. Instituto Municipal de Documentación de Torreón y R. Ayuntamiento. Torreón. 2003. 96 pp. ISBN 968-7772-65-4

EL MENSAJERO O EL BOLETÍN ELECTRÓNICO COMO ESTRATEGIA DE DIFUSIÓN ARCHIVÍSTICA

Sergio Antonio Corona Páez

Hoy dedicamos este artículo a aquellas personas que amablemente nos han sugerido compartir la experiencia que hemos adquirido con el *Mensajero* como vehículo divulgativo de un archivo histórico —en este caso, el Archivo Histórico JAE— de la Universidad Iberoamericana Torreón.

En enero de 2000 tomé posesión de la Coordinación del Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana Laguna, recién segregado del Proyecto “Papeles de Familia” que fue convertido en la Coordinación del mismo nombre y que quedó a cargo de la Lic. Ma. Isabel Saldaña.

Antes de concebir alguna estrategia divulgativa, había que reflexionar en la naturaleza misma de los archivos históricos, en las necesidades que llenan y en las funciones que cumplen para luego proceder a elaborar un programa de trabajo de difusión para el Archivo Histórico de la UIA Torreón. .

Evidentemente que un archivo histórico no es una biblioteca. A diferencia de ésta, que cuenta básicamente con fuentes secundarias, un archivo histórico aloja materiales documentales que constituyen fuentes de carácter primario, es decir, originales, textos escritos por sus autores sin la mediación o interpretación de terceras personas. Estos materiales constituyen la materia prima para las investigaciones históricas desde cualquiera de las diversas disciplinas interesadas en fenómenos del pasado. Visto así, un archivo histórico tiene en el investigador (estudiante, docente, amateur o profesional) su razón de existir. Es misión de un archivo histórico preservar y garantizar la integridad de los documentos, proceder a su inventariado y catalogación para que el usuario cuente con una relación sistemática, cronológica, temática, analítica y sintética de los documentos. Estas relaciones o catálogos deben mostrar en sus fichas una serie de variables útiles al

investigador (como las que determina la Norma Internacional ISAD-G¹ o *General International Standard Archival Description*) lo cual le permite a éste saber con rapidez qué fondos alberga un archivo histórico. Gracias a los catálogos también puede determinar en poco tiempo cuáles son los documentos que le pueden servir para su investigación. Algunos piensan que el trabajo de archivos históricos tiene que ver con la adquisición de “cultura” en el sentido de información o instrucción relacionada con las artes, cuando en realidad —por el tipo de materiales que custodia— un archivo histórico se encuentra mucho más ligado a la producción de nuevos conocimientos generados con validez metodológica, es decir, a la ciencia.

Irónicamente, y hasta el día de hoy, el paradigma historiográfico (en su acepción de modelo y metodología de la escritura de la historia) de la gran mayoría de los laguneros se basa en la historia anecdótica, en la tradición oral, en los viejos cronistas, en el refrito, en la leyenda o en la licencia literaria. En enero del 2000 no existía entre los historiadores regionales una cultura de búsqueda archivística, porque se contaban con los dedos de una mano aquellos investigadores que consultaban los documentos para escribir historias de Torreón o de la Comarca Lagunera.

Para nuestro Archivo Histórico —que es un archivo privado y universitario— era y continúa siendo un apriori el encontrarse inserto en un sistema de educación superior en el cual el sello distintivo es la formación humanística. En este contexto, un archivo histórico puede ser una extraordinaria fuente de reflexión y de interpretación sobre los fenómenos relacionados con el ser humano, en la corta, mediana y larga duración. Precisamente para participar de una manera activa en esta reflexión surgió la idea de contribuir a la producción historiográfica regional y del norte de México por medio de la Colección Lobo Rampante. Sus diferentes títulos a publicar en el económico formato de *plquette* habrían de generar nuevos conocimientos y a la vez suscitarían la reflexión en torno a fenómenos sociales de diferentes regiones, épocas y culturas.

Muchos siguen discutiendo con criterios pragmáticos y económicos sobre la utilidad de la producción historiográfica; pero es incuestionable que la investigación histórica nos dota de respeto por la alteridad, por el otro-en-el-tiempo-y-el-espacio, y sobre todo —por contraste— nos proporciona una reflexión interpretativa sobre nuestra

¹ Esta es la norma de catalogación vigente en el Archivo Histórico JAE de la UIA Torreón

propia identidad, valores y sentido como individuos y como sociedad. Podremos discernir entre lo esencial y lo accidental del ser humano, entre naturaleza y cultura.

Como punto de partida para un proyecto divulgativo, en el 2000 resultaba claro que la información sobre la existencia de los fondos documentales deberían trascender los límites de la comarca. En el corto plazo, los usuarios potenciales no iban a ser los de la región, salvo los que procedieran de la misma universidad. Se adoptó pues como estrategia la de generar un instrumento o vehículo de comunicación continua orientado no solamente al ámbito regional, sino particularmente al nacional e internacional. Había que dar a conocer los fondos documentales que solamente pueden encontrarse en este archivo. La razón era muy sencilla: los científicos trabajan comunicados por redes de información, y no necesariamente están en contigüidad física. Los investigadores especialistas en innovación y cambio social en la Comarca Lagunera no forzosamente viven en la región, sino que pueden laborar en lugares muy diversos, incluso en el extranjero. La estrategia de difusión sobre la existencia y la importancia de los fondos documentales guardados en el Archivo Histórico de la UIA Torreón debía incluir acciones que hicieran llegar la información a los lugares que hicieran investigación seria, a lo largo y ancho del país, y, por supuesto, al extranjero.

De esta necesidad surgió la idea de elaborar una página web con catálogos documentales en línea,² y un boletín electrónico que diera a conocer los servicios, fondos y documentos del Archivo. Se aprovecharía la extensión que había alcanzado ya en el 2000 la red internacional (Internet). Este boletín cumpliría de manera primaria con la función de informar. Mis conocimientos sobre programas y tecnología de sistemas eran relativamente limitados, pero como comunicólogo sabía perfectamente que el criterio final de evaluación del binomio forma-contenido de un mensaje no radica en la ortodoxia del uso de los programas convencionales, sino en el éxito logrado en términos de resultados. No era necesario usar programas de mayor vistosidad y grado de complejidad: bastaba el programa Microsoft Word y unas cuantas inserciones de imágenes en formato JPG para realizar un boletín que generara suficiente interés y presencia institucional.

² En la actualidad cuenta con unas 70 mil fichas en línea, lo cual convierte al Archivo Histórico de la UIA Torreón en uno de los archivos históricos de consulta virtual más grandes de México. Esta presencia virtual ha generado un significativo flujo de visitas de historiadores regionales, nacionales y de los Estados Unidos, mas una continua solicitud de documentos digitalizados. En la actualidad, nuestra página web ofrece diversos servicios, y cuenta con tres diferentes entradas desde la UNESCO.

El *Mensajero* fue diseñado para cumplir con la función divulgativa que todo archivo histórico debe ejercer. Costo mínimo, multiplicación ilimitada, distribución instantánea y la posesión del control para dirigir nuestros mensajes a los usuarios óptimos hicieron del *Mensajero* un instrumento de difusión archivística extremadamente eficaz. El 30 de marzo del 2000 se envió el boletín número uno —que comenzó siendo quincenal— y se convirtió en el decano de los boletines y/o revistas electrónicas de la UIA Torreón. La suscripción espontánea fue extremadamente abundante, y se mantiene creciente hasta la fecha.

Al sumarse mi buen amigo Jaime Muñoz Vargas al personal del Archivo en septiembre del 2000, su excelente pluma fue incorporada al *Mensajero* en la sección llamada desde entonces “El Mostrador” y que apareció por vez primera en el *Mensajero* número once, el 15 de septiembre de 2000. Con esta inclusión se abrió el abanico informativo del *Mensajero* al incluir la reseña, el ensayo literario y la ficha bibliográfica del Fondo Reservado.

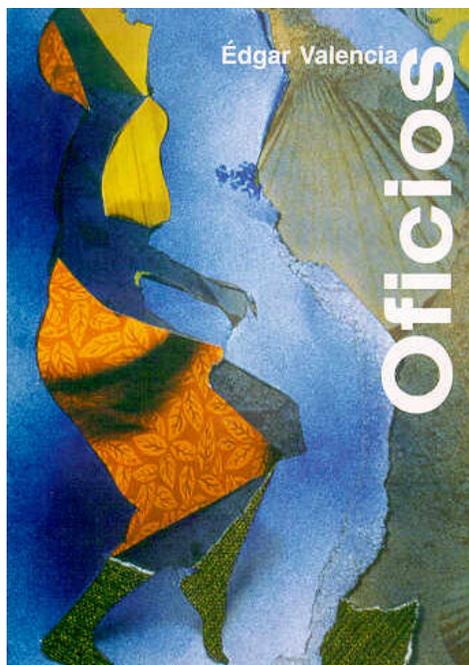
Desde luego, era de extrema importancia definir el perfil de los potenciales lectores del *Mensajero*. Si se pretendía llegar al historiador o al investigador académico en niveles y términos estrictamente académicos, un gran sector de los suscriptores espontáneos quedarían marginados de la lectura. Por esta razón se optó por un rango situado entre la divulgación científica, y el nivel puramente divulgativo.

En la práctica no solamente se informaba sobre la existencia de ciertos fondos o documentos, también se hacía una relación de las posibles entradas para su investigación. Se fueron mostrando los diversos ángulos en que se podían considerar los documentos: la mentalidad, la vida cotidiana, la cultura material, la visión antropológica, la historia económica, la historia culinaria, la historia de las etnias, incluso la historia del hábitat y de los fenómenos naturales. Las inundaciones, sequías, crecientes, variaciones térmicas, todo es historiable y de todos los temas hay fondos.

El *Mensajero* resultó ser un éxito, y rápidamente llegó una verdadera oleada de solicitudes de suscripción de personas interesadas en recibirlo. Muchas veces las solicitudes estaban escritas en un español apenas suficiente para dar a conocer que el interés en la publicación superaba la fluidez en el lenguaje. “Mucho me agradecería suscribirme al *Mensajero*”, escribió en cierta ocasión un sueco no muy versado en Castellano.

En este momento, el *Mensajero* posee prácticamente una cobertura mundial, está considerado material de publicación periódica en los recursos virtuales de la UNESCO y de una serie de instituciones interesadas en su recolección y difusión.

EL MOSTRADOR



LA POESÍA DEL TRABAJO
EN LOS *OFICIOS* DE
ÉDGAR VALENCIA

JAIME MUÑOZ VARGAS

La vida puede ser percibida con innumerables ojos. Todo depende, reza el tópico, del color del cristal con que miremos. Por manoseada que parezca, esa sentencia puntualmente la infinita manera de apropiarnos de la realidad. Por eso, cada mirada, cada explicación del mundo es, si no válida, valiosa al menos. Lo que podamos decir del campo, del mar, de una silla, de la mujer, del lodo, del lápiz, de lo que sea, es una expresión de nuestra individualidad, de nuestro subjetivismo. El artista, entre todos los demás hombres, suele ofrecer, además de una opinión sobre lo que percibe, su interpretación estética del objeto. En una palabra, el creador es quizá el mejor vocero de la realidad, el que mejor la observa y el que nos entrega el producto más acabado luego de su

pesquisa: la obra de arte, llámese lienzo, llámese película, llámese escultura, llámese poema.

Preambulo con estas palabras mi recensión de *Oficios*, de Édgar Valencia (Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1975), porque me parece prudente remarcar su capacidad para admirar la realidad y para cristalizar en pulcros poemas su interpretación de lo que ve y de lo que siente. *Oficios*, libro ganador del séptimo premio nacional Enriqueta Ochoa 2000, es un volumen donde el autor delata, pese a su evidente juventud, no sólo su madurez como cincelador de versos, sino, lo cual me parece más notable, una capacidad ya casi extinta para escudriñar la realidad con sorprendidas pupilas.

Oficios es un poemario configurado en cinco estancias, todas muy bien amuebladas de calidad poética. En las tres primeras—“Oficios del fuego”, “Intermedio de tierra y agua” y “Oficios y manos”—, Valencia amasa versos endecasílabos de incontestable factura, verso blanco que lo hace entroncar con la mejor tradición poética de nuestra lengua, pero que también le da la facultad de no someterse al yugo de la rima. Es claro, por los titulillos ya anotados, que los tres trancos iniciales inclinan sus temáticas, si se puede hablar de temática en poesía, a los oficios vinculados con el fuego, con el agua, la tierra e, independientemente de esos elementos, con el trabajo manual en sí. Este es, entonces, un homenaje poético no al trabajo en abstracto, sino al trabajador en concreto, el verdadero cimiento de la riqueza social. Hay pues un reconocimiento implícito a la belleza del trabajo, a la aventura cotidiana de sembrar, de edificar, de torrear el barro, de percutir sobre el yerro incandescente. Los ojos de Édgar Valencia han visto en *Oficios* lo que todos vemos, es cierto, pero aquí la mirada no se conforma con ver y luego alejarse. Valencia observa las manos del trabajador, su empuje, y traduce esa aparente simplicidad en belleza literaria. Con *Oficios* confirmamos que todos los temas son o pueden ser caros a la literatura, esto en el entendido de que delante de esos asuntos se emplace una sensibilidad capaz de entenderlos y plasmarlos, hacerlos arte. Me viene a la mente un caso que podemos equiparar a la refinada mirada valenciana; creo no es difícil recordar el cuadro de Van Gogh llamado “Campesinos durmiendo la siesta”. Lo describo aprisa: en el lienzo vemos un pajar y un fragmento de cielo, por lo que predominan el azul y el amarillo rojizo; al fondo, una carreta y un buey empequeñecidos, en perspectiva; en primer plano, tendidos sobre la paja, un hombre y una mujer dormidos; al lado, un par de zuecos y un par de hoces. Eso es todo. Lo que allí podemos admirar es belleza en estado químicamente

puro, aunque en apariencia no sea más que una simple escena campesina. La belleza es ubicua, habita cualquier escondrijo de la tierra, pero tiene que ser el artista el que la destaque, el que la subraye, como el holandés lo hizo con esa pareja extenuada y hermosa.

Así, toda proporción guardada, Édgar Valencia y sus *Oficios*, como Van Gogh y sus campesinos tirados en la paja, nos regalan una nueva visión sobre el trabajador y sus quehaceres. No es el repaso sociológico o económico, por supuesto necesario, indispensable, sino la reconfiguración poética de algunas actividades donde las manos y el ingenio actúan sobre la materia y la transforman en objeto útil, en alimento, en alegría para los sentidos. Así en el caso de los solventes endecasílabos que moldean el poema “Alfarero”:

*Qué manera de doblegar al cerro
por medio de calientes ministerios:
la circular rutina de la mano
y el fuego sacudido como espiga
que adaptas con pausados movimientos
con esta roja tierra que pisamos.*

Es agradecerle *Oficios* por la impecable forma de sus versos, pero lo es más por el humano talante de su artífice. Valencia nos regala con la música de sus versos pero también, tal vez sin desearlo, se filtra en su obra lírica la asordinado petición de justicia, o al menos de reconocimiento a la obra manual del ser humano. Aquellos hombres anónimos (ver el poema “Albañil”, por ejemplo) que trabajan con las manos y con la espalda, son los engranes de lo básico; sin ellos, lo exquisitos oficiantes del trabajo intelectual estaríamos fritos y todo quedaría en piedra intocada, en surco sin semilla, en hierro sin martillazo, en materia bruta. Por esa razón, y no por otra, la valoración del trabajo manual enderezada por el poeta lagunero lanza un solidario eco hasta La Habana, ciudad donde un espíritu gemelo de Valencia, el de don Roberto Fernández Retamar, aplaudió también algunos oficios en su libro *Alabanzas, conversaciones* (1951-1955), y en el poema “Los oficios” canta con inocultable admiración, entre otros, al zapatero, al mendigo, al maestro, al vendedor de periódicos.

La cuarta sección, “Antífona de oriente”, ofrece al lector la habilidad del artífice al momento de trabajar con el hai kai, ese alfiler poético hundido en México por Tablada. Luego, en el momento final del libro (“Oficio de tu cuerpo”) Valencia vuelve al verso

occidental de pecho ancho pero, en este caso, con mayor libertad formal y con el tema eje de la sensualidad, del erotismo mitigado aquí por el buen gusto.

No dudo en suma que *Oficios* sea un libro grato, un volumen ampliamente recomendable. Como en *Vestigios del origen* (2000), su primer poemario, y como en el ya inminente *Descripción de la esfera*, Édgar Valencia demuestra que, además de ser espléndido ensayista, como poeta parece haber nacido de pie y, para asombro de fuereños y adentreños, a cada verso se afianza más, como árbol, como raíz de árbol.

Oficios, Édgar Valencia, Juan Pablos-Conaculta, Casa de la Cultura de Torreón, Icoocult Laguna y Dirección Municipal de Cultura de Torreón, México, 2002, 62 pp.

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

2.- Censo y estadística de Parras (1825). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII. Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale. Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII. Sergio Antonio Corona Páez (en noviembre)

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>